

A FONDO

TEXTO: JOSÉ BELTRÁN. FOTOS: JESÚS G. FERIA

Es mediodía. En la Plaza de la Armería, a unas manzanas, las autoridades del país juegan a la nueva normalidad en plena Fiesta Nacional. **Paulino Rivero** permanece ajeno. Apaña el almacén del comedor Ave María, entre nísperos, unos cuantos bollos y yogures. Cuenta con dos centenares de voluntarios, mermados a la mitad por la pandemia. Todo tiene que estar listo para el reparto diario mañanero para los descartados a los que echa una mano en el centro de la capital, antes de que eche la llave y ponga rumbo a Soto del Real, donde no hay festivo que valga. Hasta las ocho de la tarde, este trinitario vive entre rejas. Durante 26 años, miles de presos anónimos se han refugiado en él para recuperar un hilo de esperanza.

Pero, de un tiempo esta parte, le han rozado los focos mediáticos. Políticos y empresarios de postín han acabado estos años en el trullo madrileño; nombres como **Luis Bárcenas**, **Gerardo Díaz Ferrán**, **Ignacio González**, **Sandro Rosell**... “Quiero dar las gracias especialmente al padre Paulino y a las personas que le acompañan todos los domingos en la misa, que hacen una labor espléndida para todos los reclusos y todos los internos”. Son palabras de hace unos días del que fuera el hombre más poderoso del planeta en materia financiera al salir de la cárcel. A **Rodrigo Rato** le espera una nube de periodistas. Y el ex director gerente del Fondo Monetario Internacional, el ex vicepresidente económico de **Aznar**, el ex presidente de Bankia solo tiene palabras para un sacerdote que le resta importancia al haberse convertido, sin buscarlo, en el “capellán anticorrupción”.

El Ave María es usted...

Más o menos. Fui ordenado sacerdote en febrero de 1991 y el 8 de enero de 1992 reabrimos el comedor después de seis años de cierre por obras. Por aquí han pasado personas necesitadas de recursos, otras pobres de valores que tenían para vicios como la droga y el alcohol y no para comer... Después, llegó la etapa de los migrantes y, finalmente, quienes se quedaron en paro por la crisis de 2010. Con la pandemia vuelve a cambiar el perfil, con personas que están sufriendo un ERTE o han perdido su trabajo. Eso sí, nunca han venido tantas mujeres como ahora.

Es la feminización de la pobreza que denuncia Cáritas...

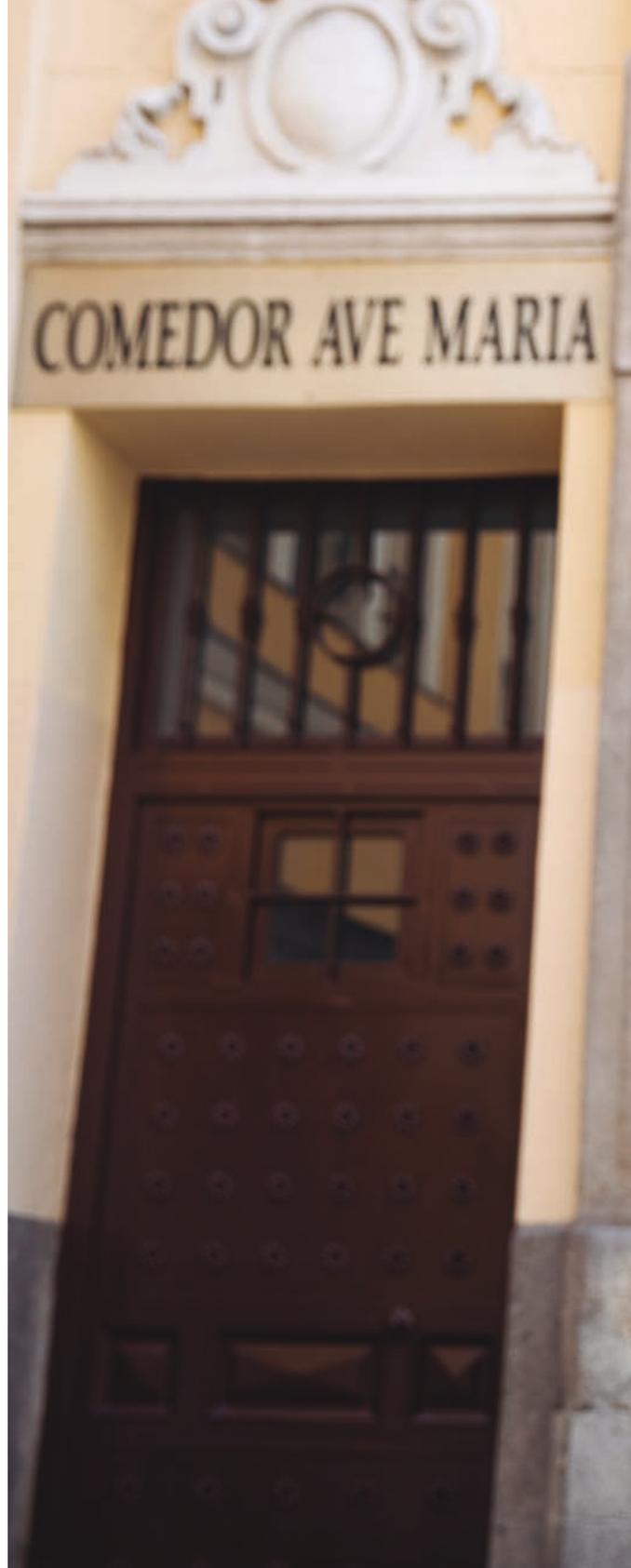
En su mayoría son latinoamericanas que se dedican al servicio doméstico, a la limpieza y a la hostelería, a la economía sumergida. Si tuvieran que entrar aquí a desayunar, no lo harían por vergüenza. Pero, al darles los alimentos en una bolsa por protocolo sanitario, se reduce ese mal trago.

Se espera un invierno duro...

Tengo muchísimo miedo a lo que está por venir. Las colas del hambre van a seguir creciendo, en la medida en la que los ERTE se transformen en despidos.

¿Confía en el poder público?

No creo en las administraciones porque, de hecho, no están respondiendo ahora. Aquí no colabora ninguna institución más allá del Banco de Alimentos y el Fondo Español de Garantía Agraria. Nos sostenemos gracias a los donativos de los madrileños, que son impresionantes. Es la gente normal la que se merece un homenaje. En años no nos ha faltado nada gracias a ellos y sé que va a seguir siendo así. En momentos duros, la gente es más sensible.



¿Cómo se le queda el cuerpo con ‘Fratelli tutti’, donde el Papa pone el mundo al revés y a sus pobres en el centro, excomulgando el libre mercado?

Me reafirma en lo que vivo en mi día a día. Estamos en una sociedad donde el tener está por encima del ser: me sirves >>>



RIVERERO

Paulino

CAPELLÁN DE SOTO DEL REAL

Por las mañanas, entregado al comedor Ave María, con cuatro siglos a sus espaldas. Las tardes las dedica a la cárcel con más reclusos de Madrid. Es el día a día entre los descartados desde hace casi tres décadas para este trinitario. “Los presos son los pobres entre los pobres. Podrán tener una cama y comida, pero no tienen libertad”, reflexiona sobre la pastoral penitenciaria en tiempo de coronavirus.

“Para mí todos los presos son iguales: del más poderoso al más tirado”

» por lo que tienes y no por lo que eres. Desde esa mirada, solo me intereso yo, solo me preocupo por tener yo y me da igual lo que le pase a los demás. La pandemia no ha hecho sino certificar lo que ya se estaba viviendo. El Papa rompe esto y pone en el centro a la persona. **¿Es una utopía?**

Es una utopía realizable. Si comenzamos ya a actuar en lo pequeño, a través de comunidades y grupos capaces de hacer pequeñas olas, se formará una ola más grande de fraternidad. No podemos pretender ni se va a dar un cambio social a escala global. No confío en los políticos actuales, todos buscan la inmediatez de los votos.

El Papa, un intruso

Cuando oye que Francisco es un 'outsider' sindicalista que se ha colado en el Vaticano...

¡Me alegra que se haya colado y levante la voz! Francisco es un intruso total en el engranaje vaticano. El problema es si los que están alrededor le quieren escuchar o están dejando que siga ahí entretenido para volver después a lo de siempre.

¿Cuántas veces le han dicho que usted no habla ni se mueve como un cura?

Unas cuantas... Urge romper con los estereotipos. Estos días me he enamorado del tapiz de la beatificación de **Carlo Acutis**, porque refleja a un santo de hoy en día, con su sudadera, su mochila, su pelo despeinado... Es la imagen de una Iglesia que está entre la gente. Es por ahí por donde tenemos que ir y es lo que Francisco quiere presentar. Pero, ¿le escuchamos? ¿Damos un paso al frente o dejamos al Papa solo en sus propuestas?

¿Cómo es su pastoral en la cárcel?

Mi misión es estar. Lo primero que tienes que hacer no es hablar de **Jesús**, sino sentarte con el otro en una mesa, hablar,

escuchar, jugar a las cartas, compartir un café... Una vez que te acercas y te sienten cerca, puedes presentarles a Jesús de Nazaret. No es ni más ni menos que lo que Él hacía: se encontraba con la persona, escuchaba y, solo después, daba a conocer a Dios. Por eso no desarrollo ninguna actividad catequética como tal entre semana. Me hago el encontradizo sentándome en una mesa en el módulo o en un banco en el patio y espero. Algunos se acercan para pedir un caramelo o un cigarro, otros para bromear, y ahí comienza todo. Si tú antes no has abrazado sus preocupaciones, tendido la mano o has sido como el buen samaritano que se para ante el malherido, no puedes hablar de un Dios que quiere y ama.

Tengo dos misas el domingo y, el otro capellán, otras dos el sábado. Es ahí donde les propongo y explico el Evangelio. En ese momento nace su respuesta de fe, cuando has sido capaz de darles ropa al necesitarlo, cuando has retomado la relación con su familia, cuando has hablado con ese abogado que no les visita... Hay que estar a lo que surja porque las necesidades humanitarias son enormes. Por ejemplo, a 40 de ellos les ayudamos cada mes con 20 euros y cada semana llevamos unos 20 paquetes de ropa para los que no tienen ningún recurso ni familia cerca.

¿Cómo vivió el confinamiento?

Se me hizo eterno y muy duro, porque pasé de ir todos los días a no pisar la cárcel desde el 24 de marzo hasta el 27 de mayo. Tampoco podíamos llamarles, pues tienen limitadas las llamadas a personas autorizadas. Les escribía cartas que colgaban en los tableros de los módulos. Con este simple gesto sintieron que no les habíamos abandonado.

¿Cómo fue el reencuentro?



De la cárcel se sacan pocas cosas positivas, pero una sí es clave: aquí no hay que volver



Fuera de lo normal. Era imposible mantener la distancia sanitaria porque lo único que me pedían era un abrazo. Ver a *tiarrones* que solo buscan abrazar, impacta. Los presos son los pobres de los pobres, porque no tienen lo más importante. Puede que tengan cama, ducha y comida, pero no tienen libertad. El pobre del comedor, al menos es libre. Ni a mi peor enemigo le deseo pasar un día en la cárcel.

¿La cárcel es un reflejo de la sociedad en la que vivimos?

Sin duda. A nuestra sociedad le falta calor humano y cariño, no apartarte a otra acera cuando ves a alguien que no te gusta o le tachas de sospechoso de algo. Hay quien piensa que un preso es el malo de la película para siempre y que tiene que estar tirado para siempre en la basura. Las prisiones actuales son esos basureros que se construyen fuera de las ciudades porque huelen mal.

En su día a día, lo mismo se topa con personas abocadas a ser delincuentes por su contexto que con privilegiados que decidieron tirarlo por la borda por tener más...



Para mí son todos iguales, del más poderoso al más tirado que está allí. No hago distinciones: el gordo, el delgado, el rico y el pobre es persona. No miro nunca qué han hecho antes ni me interesa. ¿Qué le ha llevado hasta allí? ¿El egoísmo? ¿El ansia de poder? ¿Sus circunstancias personales? ¿Una familia desestructurada? La prisión no diferencia entre unas realidades y otras. Yo tampoco. Solo me preocupa paliar su sufrimiento. **Ante determinados crímenes abominables, ¿se puede sentir condicionado para acercarse?**

No juzgo a nadie, aunque bien es verdad que, cuando conoces algún historial, instintivamente

Arriba, el capellán junto a Sandro Rosell. Abajo, Rodrigo Rato al salir estos días de la cárcel de Soto del Real y recordar al padre Paulino

puede generarse algún rechazo. Pero, cuando tienes claro lo que te mueve, desaparece al momento, aunque estés ante el mayor asesino. Sí recuerdo tardar meses en visitar a un preso por su historial. Hoy, 20 años después, sigue en contacto conmigo desde otra prisión. **¿Le ha echado la bronca a Dios por las injusticias vistas?**

Muchas veces. Soy humano y a veces no comprendo por qué pasan determinadas calamidades. Para mí, la fe auténtica es aquella que se cuestiona y se tambalea. Muchas noches vuelvo de Soto directo a la capilla y me rebelo, me cabreo y le insulto... Al final hacemos las paces en la oración. También le pasará al Papa...

La mano de Dios

También habrá visto la mano de Dios...

Sin dudarlo. Hay cambios en algunos presos de un día para otro que solo los entiendo desde Dios.

Rodrigo Rato le agradeció su entrega, Sandro Rosell escribió un libro y donó los beneficios al comedor. ¿Cómo se acompaña a un preso 'vip'?

Los llamados *vips* viven en un módulo como todos. No tienen ningún privilegio, aunque desde fuera se deje caer que sí lo hay. Al tratarles, uno ve que los primeros momentos tienen que ser muy duros para ellos. Una persona que ha tenido de todo, que ha dormido en los mejores hoteles y comido en los mejores restaurantes, de repente, duerme en una celda acompañado de otro, come en una bandeja metálica... Todo eso debe romperles.

Le han encumbrado como 'el capellán anticorrupción'...

No me quita ni me pone nada que me saquen a la luz. Me quedo igual que estaba. Valoro el que me lo agradezcan porque soy humano y además me rati-

fica y estimula en mi vocación de estar con y acompañar. Pero también me lo hacen ver los presos anónimos.

El día después de salir, ¿mantienen el contacto con usted?

Lo buscan, pero soy yo el que intento apartarme, porque creo que es importante que cierren esta etapa para rehacer su vida rota. En el caso de las personas populares, actúo igual. Por ejemplo, con Sandro [Rosell] sí he mantenido algo más de contacto. Le costó retomar la normalidad al principio, pero ahora ha vuelto a tomar las riendas de su vida como antes.

¿Y Rodrigo Rato?

Ha quedado en que me visitará. Pero es pronto todavía. Necesita su tiempo, porque venir a verme a mí no solo es recordar al amigo, sino revolver el dolor de la prisión. Me basta saber que, como Iglesia, he sido espacio de libertad para él. Ahora ya tiene la auténtica libertad y yo me echo a un lado.

¿Qué es más difícil para un preso: recibir la absolución del capellán o perdonarse?

Muchos se hunden durante años porque no se perdonan. Los que tienen fe, asumen que Dios les perdona, pero con ellos mismos son más duros. Siempre les digo que no miren atrás, que acepten su realidad de hoy para, a partir de ahí, cambiar y construir. De la cárcel se pueden sacar pocas cosas positivas, pero, con sacar una, me doy por satisfecho: aquí no tienes que volver.

Cuando escucha que los capellanes deben desaparecer de las presiones por razones de laicidad del Estado...

Es la mayor barbaridad. No entienden ni la realidad humana y no han pisado una cárcel ni de visita. La misión del capellán es llevar luz, ánimo y esperanza. Su labor es fundamental, al igual que la de otras entidades sociales.

Doblemente confinados

MIGUEL ÁNGEL MALAVIA

Xaquín Campo Freire, capellán desde hace 12 años en la cárcel coruñesa de Teixeiro, siente que, a sus 83 años, culmina una vida marcada por su pasión por el abajado. Enfermero de profesión, fue en la pastoral sanitaria donde, durante años, este sacerdote de la Diócesis de Mondoñedo-Ferrol vio plena su doble vocación, trabajando con inmigrantes y con víctimas de la droga. Hasta que, en 2008, al visitar a un conocido en la prisión, fue invitado a sumarse a la pastoral penitenciaria en el penal gallego, ocupado por casi 1.800 presos.

“Si algo he aprendido –asegura– es que la cárcel es un lugar de pobres y para pobres. Aquí están todos los tipos de pobreza, lo que va mucho más allá de lo material y entra en lo humano: son personas rotas, que han nacido ya en la cárcel o que han salido y han sentido que debían volver porque fuera no tenían dónde ir... Algunos no quieren salir al finalizar la condena, pues saben que tienen al mundo en contra y se ven abocados a la delincuencia. Lo que creo que nos interpela a las comunidades cristianas a la hora de preguntarnos muy seriamente por qué no somos capaces de darles alguna opción para su acogida”.

Ante la triste constatación de que los presos son “estigmatizados y señalados para siempre por haber pasado por la prisión, aunque apenas hayan sido unos meses, hasta el extremo de que aquí dentro pierden hasta el nombre y, en

definitiva, su entera identidad”, el sacerdote lamenta que, con la pandemia, su situación se ha endurecido: “Lo único positivo se ha dado con los permisos para el tercer grado [han pasado en toda España de 2.500 a 5.000], favoreciéndose estos meses para evitar que pasen dentro más tiempo, pues aquí hay más posibilidades de contagiarse. Pero, salvo eso, todo es mucho peor, especialmente por sus relaciones familiares, que se han visto muy afectadas. Se cancelaron las visitas y los vis a vis. Ahora se van permitiendo, pero con muchas restricciones y en los locutorios, con un cristal separándoles. Sí les permiten hacer más llamadas...”.

Menos espacio

Otro aspecto negativo es que “se han recortado los espacios para moverse dentro. Salvo para cosas excepcionales, como trabajar en la lavandería o en la panadería, no salen del módulo. La capilla también está cerrada. Si la cárcel es de por sí un ámbito reducido, ahora hay más sensación de agobio, siempre en el mismo sitio y rodeados de muchos. Esto tiene unas graves consecuencias mentales, ya que hablamos de un lugar muy específico y en el que hasta la llegada de un pájaro al patio es noticia... En esta pequeña ciudad, cada novedad era un respiro. Y ahora ya tienen mucho menos de eso”.

Así, pese “al gran ejercicio de responsabilidad de la gran mayoría de los internos y de los funcionarios, cuyo servicio hay que reconocer siempre al ser el suyo un trabajo muy duro”, se ha conseguido frenar bastante

el avance del COVID-19 en la prisión, “pero sí ha aumentado otra plaga: la de los suicidios”. “Aunque –se duele– no se permite que se publiquen datos, es una realidad que hay más suicidios, dentro y fuera”.

“En las cárceles –observa– acaba mucha gente que tendría que estar con una atención psiquiátrica especializada. Pero, como estamos ante personas que no interesan y a las que desechamos, acaban aquí, sin importar para nada eso que siempre se predica en la teoría: la reinserción... No, lo que queremos es que paguen por lo hecho. Ese es el pensar social más común. Salvo cuando nos toca directamente en la familia”.

Un drama que ejemplifica en un caso reciente: “Es una interna que ha hecho un gran

La pastoral penitenciaria constata cómo ha empeorado la situación de los presos durante la pandemia



Xaquín Campo Freire, capellán en la cárcel coruñesa de Teixeiro



Pablo Morata, capellán en la prisión madrileña de Valdemoro



trabajo de apoyo a otros presos. Una labor bonita, pues cada gesto hace mucho en un contexto donde se vive al límite; pero, a su vez, genera sufrimiento y te quema mucho... Algo que veo también en los trabajadores sociales y los educadores, que hacen un trabajo maravilloso, pues bajan a la persona concreta. En el caso de esta chica, gracias a su mediación, su compañero ha tenido un acompañamiento psicológico cuando su hermano murió en un accidente y, ante la imposibilidad de poder salir a su entierro a causa de la distancia geográfica, ella, que además tenía sus problemas, no lo ha podido superar y se ha suicidado. Ayudó, pero a ella no le llegó ese apoyo”.

Campo visibiliza “las penalidades de la mujer en prisión, que aquí se agrandan. Son menos en número y tienen menos oportunidades para su clasificación en módulos distintos y más adecuados. Además de una menor participación en

tareas educativas o deportivas, más dificultades para su higiene, más hacinamiento y, consiguientemente, más tensión emocional y conflictual. A lo que se une un mayor sufrimiento por los hijos, más si son pequeños o adolescentes. En conclusión, su psicología femenina no siempre es entendida por estar atendida por una institución mandada mayoritariamente por hombres”.

Pablo Morata, responsable de la Pastoral Penitenciaria de la Diócesis de Getafe y quien lleva 25 años como capellán en la cárcel de Valdemoro, en Madrid, ha vivido este tiempo de un modo muy especial: “Me contagié de coronavirus y pasé 40 días ingresado, 15 de ellos en la UCI. Ha sido un tiempo en el que me he visto muy identificado con los presos a los que llevo tanto tiempo acompañando. He sentido en mi piel que el tiempo no avanza igual para todos... Cada vez que miraba el reloj, sentía que no avanzaba. Entonces, pensaba en aquellos

Miembros de la UME entran en la cárcel de Lugo para desinfectar sus instalaciones y evitar que la pandemia se propague entre los reclusos

que, en la prisión, no tienen radio o tele. Por no hablar de los castigados con 15 días de aislamiento en una celda, solos y sin nada. Hay que corregir las malas conductas, pero también tener más creatividad y mano izquierda, pues, psicológicamente, hay secuelas que son para siempre”.

Respecto a la incidencia del coronavirus en su penal, destaca que “las restricciones han sido efectivas, por lo que hay muy pocos casos”. Algo positivo que, aun así, ha tenido su consecuencia negativa al aislar mucho más a quienes de por sí pasan una parte de su vida encerrados. En este sentido, apela a la comunicación (“nunca me ha gustado el WhatsApp, pero ahora lo he valorado mucho por permitirme mantener el contacto con los presos”) y, en definitiva, a la comunidad: “Algo que he notado con fuerza con los 40 voluntarios que nos acompañan. Somos una comunidad cristiana y necesitamos juntarnos y compartir cosas, incluida la oración”.

Ante el “frenazo” impuesto por el COVID-19, Morata cuenta cómo han echado mano de la creatividad a la que siempre apela: “Hemos organizado una peregrinación virtual al Camino de Santiago. Cada uno se ha hecho cargo de una etapa y, desde una actitud contemplativa, hemos hecho que los presos nos hayan acompañado con el corazón; igual, por cierto, que cuando, en otros momentos, hemos podido peregrinar con ellos físicamente hasta llegar al Pórtico de la Gloria y situarnos ante el Cristo Juez: un **Jesús** con los brazos abiertos y que, en vez de condenar, nos abraza”.

El capellán se despide mostrando el último mensaje que le ha hecho llegar un amigo preso: “Venid pronto, os necesitamos”. Ante el doble confinamiento, la pastoral del cariño.





Florencio Roselló bendice a una presa tras las rejas

Aún más invisibles

FLORENCIO ROSELLÓ AVELLANAS. MERCEDARIO
DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE PASTORAL PENITENCIARIA DE LA CEE

En nuestra sociedad, cuando se habla de la cárcel se hace con desconfianza y con juicios severos: “Las condenas deberían ser más largas”, “no deberían salir de permiso”, “las prisiones son hoteles de cinco estrellas”, “entran por una puerta y salen por otra”... Comentarios recurrentes ante delitos mediáticos. Pero muy pocos conocen la cárcel por dentro, y menos todavía los sentimientos de los presos. Esto sucede porque la cárcel y los presos son invisibles para la sociedad y, en ocasiones, también para la Iglesia.

La cárcel de por sí ya es invisible. Primero, geográficamente; casi todas las prisiones están fuera de la ciudad. En segundo lugar, socialmente, pues en nuestras conversaciones solo aparecen para criticar su estructura o los delitos de los presos. En la actualidad, esta invisibilidad se ha puesto más de manifiesto durante la pandemia. Ha convertido la cárcel en doblemente invisible. Las medidas adoptadas la han alejado más de nuestra sociedad y de nuestras conciencias. Han hecho que las familias no puedan

comunicarse con sus familiares presos, los permisos de salida se han suprimido, los voluntariados han visto interrumpidas sus entradas y sus programas se han suspendido. En definitiva, la distancia con la calle se ha alargado y las dudas se han multiplicado. La sonrisa, el abrazo, las lágrimas de las familias han desaparecido. De este modo, la prisión ha perdido el calor de las familias. La palabra de aliento, el acompañamiento cercano de la Iglesia se ha cortado. Esta situación ha hecho más invisible a la cárcel.

Hipocresía

La pandemia y el posterior confinamiento han generado en nuestra sociedad, casi hipócritamente, un sentimiento de solidaridad con la cárcel, cuando hemos querido apropiarnos de los sentimientos y de los presos. Hemos dicho que ahora entendemos lo que significa no poder salir, no poder ir donde quiere uno. Alguno me decía: “Ahora entiendo a los presos”, “ahora veo lo que significa no poder salir de casa o estar en la cárcel”.

Pero el confinamiento no se parece en nada a una cárcel, aunque mucha gente la ha comparado con ella. En nuestro confinamiento estábamos con nuestras familias, llevábamos el horario que queríamos, comíamos lo que nos apetecía, veíamos los programas que nos gustaban, hablábamos por teléfono con quien queríamos... Y en nuestra casa nadie nos vigilaba, nadie limitaba nuestros movimientos dentro de ella.

No seamos arrogantes; el confinamiento que hemos vivido en nada se parece a la vida en prisión. Eso demuestra más todavía esa doble invisibilidad que trato de denunciar. Comparar nuestra vida, durante el confinamiento, con la de los presos, pone de manifiesto el desconocimiento de la vida de una prisión.

Pero sí, la pandemia también ha despertado un sentimiento solidario en los presos; han valorado el trabajo de los sanitarios, aplaudiendo todos los días a las ocho de la tarde; han agradecido el trabajo de los funcionarios al salvaguardarles la salud y evitando que el virus entrase en prisión; han aceptado las restricciones en materia de comunicación con sus familias para evitar el riesgo de que estas se contagien.

A nivel de fe han surgido auténticas comunidades cristianas, cuando, sin poder entrar capellanes y voluntarios de Pastoral Penitenciaria, se reunían todas las semanas a la misma hora que lo hacían antes del confinamiento para celebrar la Palabra y para pedir a Dios fuerzas para superar la pandemia. También, a nivel personal, ha acercado a muchos presos a Dios cuando han visto que todo a su alrededor fallaba y solo les quedaba Él. Esto ha llevado a muchos presos a rezar y a confiar plenamente en Dios, dejando testimonios como estos: “Durante el confinamiento recé más porque veía que todo fallaba y solo me quedaba Dios” o “nunca he rezado tanto como durante el confinamiento”.

Pero, claro, esto no se ve ni se valora... Porque son invisibles. ¡Qué pena! ●

Entre rejas, por voluntad propia

RUBÉN CRUZ

Miles de voluntarios viven su fe al lado de los presos e intentan seguir haciéndolo pese a la pandemia

Más allá de la ingente labor de los capellanes, la pastoral penitenciaria la sostienen los laicos. Miles de voluntarios se despliegan en las 69 cárceles españolas con talleres, prestando servicios jurídicos y, por supuesto, llevando la palabra de Dios y su esperanza cada domingo en las celebraciones para hacer realidad el “Estuve preso y vinisteis a visitarme” (Mt 25, 35). Así era al menos hasta el 8 de marzo, domingo en el que se despidieron hasta el siguiente, pero ocho meses después no ha llegado el reencuentro. Sí han entrado los capellanes en los momentos de menos actividad del virus, pero no los voluntarios, que no ven el momento de volver a celebrar con ellos.

“No cambio la misa de la cárcel por ninguna. Al principio iba por hacer un servicio, pero es que al final me siento más enriquecida de lo que enriquezco”, explica **Victoria Morán**, voluntaria de la prisión de Valdemoro. Lo mismo siente **José Miguel Martínez Castell**, voluntario de la prisión de Picassent que

el próximo año publica en PPC el libro *Esperanza entre rejas: retos del voluntariado penitenciario*: “No es lo mismo una misa en prisión que fuera. Es una misa más sentida, porque en prisión, como dice mi padre, se llora diferente”. Y cita a su padre porque también es miembro del equipo de pastoral, al igual que su madre, la pionera de la familia que luego ‘reclutó’ al resto. Él lleva 15 años yendo cada lunes dos horas para ofrecer el taller *Valores y cine*, en el que a través de distintas películas surge el debate. Pero su dedicación a esta realidad no se entiende sin el sacerdote **Ximo Montes**, que es una figura clave en la pastoral penitenciaria en los últimos 40 años en Valencia. Pues él fue quien empujó a la familia a embarrarse consiguiendo que un joven José Miguel recuperara la fe. “La prisión es una brújula para seguir a Cristo y para desarrollar mi vida cristiana. Yo siento la presencia de Dios en prisión. Sin esta pastoral mi fe cojea”, afirma.

Victoria es una de los cuarenta voluntarios de Valdemoro

que, pese a la pandemia, siguen trabajando desde casa para la vuelta. En su caso prepara cada fin de semana las moniciones y peticiones con los reclusos al tiempo que les enseña a tocar la guitarra para afinar un coro de lo más peculiar. “La mayoría no ha pisado una Iglesia en su vida y se propicia un encuentro con lo religioso a través del que algunos llegan a Dios. Y a quienes han tenido experiencias de Iglesia no muy buenas les sirve como reconciliación”, señala. Para ella, la prisión es todavía una periferia desconocida para muchos cristianos, pero que debe ser descubierta por todos, pues “te abre a la misericordia, al perdón... Ellos no son peores que yo, cualquiera de nosotros en sus circunstancias podríamos estar en el mismo lugar. Que encuentren a laicos que se preocupan mientras la sociedad les rechaza, les toca el corazón”, agrega.

En este sentido se expresa, José Miguel. “La prisión es poco conocida e incomprensible a nivel social pero también eclesial. Para la Iglesia, la prisión todavía no es un ámbito estimado, mientras que el evangelio no se puede comprender sin las personas presas. Puedo entender que la gente tenga recelos a este mundo, pero no si eres cristiano”, indica. E insiste: “No hay cristianismo sin compromiso social. Donde hay cadenas tenemos que estar para liberar”. Él, que ha podido ver a algunos internos de permiso en este tiempo, mantiene un grupo de WhatsApp activo para cuando salen e intramuros se cartea con ellos. Siempre presente, consciente de que “el amor no es una opción; es la única opción”.



Un voluntario, a las puertas de Mansilla de las Mulas (León)

La metástasis del sistema penitenciario de Venezuela pone a prueba la labor de la Iglesia en medio de la pandemia

El Gólgota de los descartados

ÁNGEL ALBERTO MORILLO. COLOMBIA

Son las 12 del mediodía. Los internos del retén de Cabimas, una población petrolera en el estado Zulia, al oeste de Venezuela, protestan “por agua y comida”. La escena se repite en los 44 centros penitenciarios que funcionan a la buena de Dios, ninguno se salva de la crisis. En tiempos de pandemia la situación empeora. Desde la Conferencia Episcopal, **Saúl Ron**, coordinador de la Comisión de Justicia y Paz, denuncia que el hacinamiento es una de las principales causas del drama de los privados de libertad, que “viene acompañado de condiciones precarias, como transmisión de enfermedades

que se creían erradicadas en el país como la malaria, la tuberculosis y la hepatitis”. Ya en el mes de mayo de este 2020, los obispos suscribieron un comunicado a propósito de una masacre en la penitenciaría de Los Llanos y denunciaron que “uno de los grupos más vulnerables del país” está en las cárceles. A fecha de hoy, todo sigue igual y “lo más lamentable es el retraso procesal” que lleva a muchos a cumplir penas con más años de lo estipulado y que, por tanto, “es inconstitucional”, lamenta Ron.

Según datos del Observatorio Venezolano de Prisiones (OVP), en 2019 “los recintos carcela-

Una voluntaria de Cáritas visita una de las prisiones del país

rios venezolanos albergaron a 43.992 reclusos”, de los cuales “41.466 (94%) eran hombres y 2.526 (6%) mujeres”. De hecho, la principal causa de muerte durante ese año no fue la violencia, sino los problemas de salud por la falta de medicinas. En total, fueron 104 los reos que murieron sin atención médica, denuncia la organización.

En estos tiempos de coronavirus, los pronósticos son reservados. Así opina **Carlos Nieto**, coordinador de Una Ventana a la Libertad, organización no gubernamental que desde 1997 viene trabajando en la humanización de las cárceles. “La situación es sumamente grave, no hay prisión en Venezuela mejor o peor, todas sufren por igual”, sentencia Nieto, antes de advertir que “no hay mecanismos de ayuda para los privados de libertad”. Nieto se identifica únicamente como “un hombre de fe, no me considero laico ni nada”. Eso sí, desde “nuestra organización muchos sacerdotes nos acompañan en el trabajo que hacemos”. En medio de esta preocupante realidad, “debemos buscar cómo tender la mano a quienes, pese a estar cumpliendo una pena, no merecen vivir como viven; en Venezuela los presos viven como los animales”. Y aprovecha para pedirle al papa **Francisco** que “abogue por ayuda humanitaria para las prisiones”, pues si afuera el venezolano medio vive los rigores de la crisis, “adentro de estos antros de desidia estatal es aún peor”.

Guerra a la pastoral

La ministra de Asuntos Penitenciarios del Gobierno de **Nicolás Maduro**, **Iris Varela**, ha declarado una guerra abierta a la pastoral penitenciaria y a todas las organizaciones humanitarias vinculadas con el tema, impidiendo su ingreso a los recintos desde 2012. **Ponc**

Capell, sacerdote mercedario ilerdense y delegado de la Pastoral Carcelaria del Episcopado, reconoce que, ante esta situación, “la pastoral penitenciaria quedó prácticamente desmantelada tras las decisiones de la regente del Ministerio para el Servicio Penitenciario”. Así, “cada obispo ha ido nombrando capellanes en la medida que la dirección de cada centro lo permite”, de tal modo que, a duras penas, “hay buen dinamismo en las diócesis de Los Teques, Barquisimeto, San Carlos, Margarita, Cumaná, San Cristóbal y Guárico”, mientras que “en Maracaibo, por ejemplo, solo hemos tenido acceso al recinto penitenciario de El Marite con ocasión de la fiesta de La Merced”.

El artículo 55 de la Constitución destaca que “toda persona tiene derecho a la protección por parte del Estado a través de los órganos de seguridad ciudadana regulados por ley”. Esto no se aplica para ningún detenido, mucho menos para los presos políticos, quienes se llevan la peor parte. La Tumba, un sótano de cinco pisos bajo tierra, en el corazón de Caracas, donde funciona el Servicio Bolivariano de Inteligencia Nacional (SEBIN), se ha convertido en la mazmorra del régimen chavista desde las protestas de 2014. Frente a ello, Ponç considera que, a pesar del trabajo de organizaciones civiles para observar, reunir y precisar situaciones de violación de derechos humanos de presos políticos, “las reacciones del Estado no son satisfactorias para una gran mayoría de los detenidos y sus familiares, tanto en el ámbito de lo político civil como de lo militar”. El último informe de Naciones Unidas ha pasado por debajo de la mesa.

El grado de sevicia del régimen llega al punto de acelerar el procesamiento judicial de

los presos políticos, por lo que “podemos hablar de juicios exprés con condenas mucho más largas”, incluido “el aislamiento total, que en otras palabras se trata de una vulgar desaparición forzosa, donde hay familiares que hasta la fecha están incomunicados o desconocen el paradero de sus seres queridos”, advierte la religiosa **María José González**, directora de Cáritas Los Teques, capital del estado de Miranda, la jurisdicción eclesial con el mayor número de penales en el país, con un total de seis.

Luz en la oscuridad

Neyda Rojas Moreno, religiosa mercedaria, con experiencia de más de 20 años de trabajo, bautizada por la BBC de Londres como “la mujer intocable de las cárceles venezolanas”, asegura que estos recintos “son un Gólgota. Allí crucifican diariamente a los hijos de Dios sin tener en cuenta su dignidad humana, estos lugares son convertidos en depósitos humanos”, además “con un deterioro crónico de la infraestructura y falta de personal capacitado”. La monja desvela que el hacinamiento en las cárceles

venezolanas ronda el 300%, con el consiguiente deterioro de los servicios básicos, como el agua o la electricidad. También impera la falta de autoridad, porque “son los mismos presos quienes gobiernan dentro bajo la figura de los llamados *pranes*, una especie de líderes negativos que en los propios recintos continúan con la actividad criminal, amparados por altos funcionarios”.

La hermana María José González comparte estas afirmaciones: “La cárcel no es digna ni restaurativa, quienes salen se encuentran en una condición peor”. Por ello, en “Cáritas hemos venido adelantando jornadas de salud en aquellos centros donde algunos directores han permitido nuestro ingreso”, así como también la dotación de insumos básicos de higiene y alimentos. Todavía es grande el desafío “en una Venezuela cuyo sistema penitenciario, lo digo con responsabilidad, está en metástasis por la gran corrupción que impera en todos los niveles”.

Aun en medio de esta tormenta, Neyda anima a quienes llevan esta labor humanitaria “a levantar la propia mirada al horizonte para descubrir que después de la noche viene la luz”, porque “se está gestando la aurora de un nuevo día para Venezuela, no estamos solos, hay un sinnúmero de católicos y otras personas de buena voluntad que desde su acción de fe confían en hacer algo en pro de la transformación de la delicada situación en las cárceles. El Señor está con nosotros en la barca; por tanto, llegaremos a buen puerto”. Pese a todo y entre contradicciones, la Iglesia Pueblo de Dios debe seguir llevando esperanza. La pregunta resuena en una nación golpeada por la pandemia del descarte: “¿Dónde está tu hermano?”. ●

El hacinamiento en algunas cárceles supera el 300%, con el consiguiente deterioro del centro

